

TRADICIÓN HISTORIOGRÁFICA Y ARTE RETÓRICA EN LA OBRA DE TITO LIVIO

Antonio Fontán

Tito Livio era un hombre todavía joven, de poco más de treinta años, cuando tomó la resolución de dedicarse a escribir la historia de Roma desde los orígenes de la ciudad, abrazando así una empresa que le ocuparía ya durante toda su existencia¹. Sabía lo que quería y lo que los lectores romanos esperaban de un nuevo historiador. Los treinta y cinco libros y los otros fragmentos conservados demuestran que se encontraba perfectamente equipado para la tarea que acometía. Las noticias que se poseen acerca de sus estudios y actividades literarias son relativamente escasas, pero unidas a las que se desprenden de la obra misma y a las pocas pero expresivas reflexiones personales que de vez en cuando salpican sus páginas, ilustran grandemente al lector moderno acerca de la personalidad del autor, de los propósitos que lo guiaban y de los criterios literarios y técnicos que presidieron su labor de historiador.

El famoso principio del Prefacio general a toda la historia de Livio reviste la forma, indirectamente afirmativa, de una pregunta retórica cuidadosamente elaborada hasta en el detalle rítmico de las palabras iniciales, *facturusne operae pretium sim*², que constituyen los cuatro primeros pies de un hexámetro dactílico. Enseguida, el autor se plantea las dos cuestiones fundamentales para un historiador, la de la documentación y la del estilo, mostrando claramente que empieza su obra con ideas muy precisas sobre ambas.

Según Séneca el filósofo³, Livio habría escrito, entre otras obras litera-

¹ FONTÁN, A., «Tito Livio, historiador de Roma», ap. *Humanismo Romano* Barcelona, 1974, pp. 100 ss.

² QUINT., 9, 4, 74.

³ SEN., *Ep. Mor.* 100, 9.

rias, unos «diálogos filosóficos e históricos» sobre cuyo contenido y carácter no existen más indicaciones. ¿Serían, como parece probable, unos diálogos semejantes en género y estilo a los ciceronianos, en los que los interlocutores trataran de asuntos relacionados con la historia y el modo de escribirla? Por el otro de los Sénecas, el padre⁴, se sabe que Tito Livio, en alguna obra de las que se han perdido, había sometido a examen el estilo y las características de los grandes historiadores griegos y romanos, mostrando una actitud crítica en relación con Tucídides y con Salustio, a quien consideraba influido por el ateniense. Además de esos diálogos, Livio había escrito una *epistula ad filium*, dos veces citada por Quintiliano⁵, lo cual prueba que era todavía leída y discutida en los círculos profesionales a fin del siglo I; ochenta años después de la muerte de su autor. Si el epitafio de Padua⁶ corresponde efectivamente, como es más que verosímil, a la sepultura del historiador y de su familia, Livio habría tenido dos hijos varones, llamados ambos con el mismo *praenomen*, Tito, de su padre, lo que implicaría que el primero de ellos habría muerto antes de nacer el otro. La epístola habría estado dirigida, por tanto, al segundo de los hijos todavía joven, cuando cursaba sus estudios, lo cual invita a situarla en los años en que ya el autor estaba dedicado a la composición de su historia. Según las dos citas que de ella hace Quintiliano, la epístola ensalzaba el estilo de Cicerón y lo proponía como principal modelo para la imitación de los prosistas.

De todo ello se deduce que el tema del estilo, y muy concretamente el estilo más adecuado para una obra histórica, ocupó largamente la atención de Livio en ensayos literarios de carácter teórico y crítico. El lenguaje y el estilo adoptados por Livio en su obra histórica son fruto de una madura reflexión y no la simple proyección de la espontaneidad del autor.

En el tantas veces citado Prefacio general, Tito Livio, se refiere al estilo que busca para su obra, aunque sea como de pasada y sin disquisiciones doctrinarias, y lo hace acudiendo a dos dimensiones sumamente reveladoras: el arte literario y la brillantez de la expresión.

Un historiador moderno, según Livio, puede aspirar a destacar sobre sus predecesores, bien porque aporte algunas precisiones más en el orden de los hechos, bien porque supere con su *scribendi ars* la rudeza at-

⁴ SEN. Rhet., Contr. 9, 1, 14.

⁵ QUINT., 2, 5, 20; 10, 1, 39.

⁶ El epitafio atribuido a Livio en CIL V, 2975. En el siglo XIV se descubrió otro (CIL V, 2865) en que también aparecía el nombre del historiador, pero con el *cognomen* Halys y, además, se trata de un liberto. Esta inscripción que al principio fue asignada al historiador es el origen de una larga y curiosa historia estudiada por ULLMAN, B. L., «The post-mortem Adventures of Livy», ap. *Studies in the Italian Renaissance*, Roma, 1955, pp. 55 ss.

den de los hechos, bien porque supere con su *scribendi ars* la rudeza arcaica. En este lugar la palabra *ars* ha de ser entendida en un sentido técnico, como el saber y el buen hacer que se derivan de una sólida formación retórica. La otra cualidad —brillantez de estilo— era ampliamente reconocida en Livio por sus contemporáneos y, en general, por todos los críticos antiguos, que se refieren a ella bajo el término *candor* o le llaman *candidissimus auctor*⁷. Livio sabe que el logro final, si se alcanza en forma de un *ilustre monumentum* —una espléndida o brillante obra literaria— contribuye además al cumplimiento de uno de los principales objetivos de la historia, la ejemplaridad, estimulando al lector a imitar las buenas acciones y los buenos modelos del pasado, y a poner los medios para que no se repita lo que por su vicioso origen o funestas consecuencias debe ser evitado.

En el orden de los hechos, la norma que ha de presidir el trabajo de un historiador es la búsqueda de la verdad, huyendo sobre todo de deformarla por apasionamientos personales o por la inquietud que pudiera resultar de su propia implicación con el desarrollo de los acontecimientos. Este riesgo es naturalmente mayor en la edad contemporánea al escritor mismo. Parece que Livio en su Prefacio distingue tres grandes épocas en la historia de Roma, cada una de las cuales ofrece características propias en sí misma y en relación con el tratamiento que ha de aplicarle el historiador.

Respecto de los legendarios hechos iniciales, cuyas noticias aparecen más bien envueltas en bellas fábulas poéticas que apoyadas en seguros testimonios, el historiador puede y debe limitarse a sistematizar la tradición sin perder el tiempo en minuciosos e inútiles escudriñamientos. En su Prefacio Livio parece limitar teóricamente este criterio a los sucesos anteriores a la fundación de la ciudad o al proyecto de hacerla. Pero, luego, en el curso de la obra, se ve que a esta edad legendaria o cuasi legendaria corresponden de algún modo también la época de los reyes y los dos primeros siglos republicanos hasta la conquista de la ciudad por los galos. Es decir, todo el período que abarca la primera péntada. En el libro sexto habla Livio de un segundo nacimiento de la ciudad⁸, después

⁷ *Candor*, como característica de Livio, ap. Quint. 10, 1, 101. Se trata de un juicio literario y moral y, en tiempos de Quintiliano, se le aplica a Livio ya como una especie de etiqueta tradicional. Séneca el mayor ya le había llamado *candidissimus* (*Suas.* 6, 22). Quintiliano repite el mismo superlativo también en 2, 5, 19. Quintiliano lo aplica igualmente a Heródoto, *dulcis et candidus et fusus* (10, 1, 73) a cuyo estilo también se refiere con la misma palabra (*filo...candido*) AULO GELIO (16, 19, 1).

⁸ *Ab secunda origine*, dice LIVIO (6, 1, 3) al principio de la segunda péntada, con clara referencia a las palabras iniciales del mismo libro. *quae ab condita urbe...* (6,1,1).

de la expulsión de los galos, a partir del cual se puede empezar seriamente a contar con el testimonio documental de la palabra escrita, único guardián fiel de la memoria de los pueblos.

La segunda gran época de la historia de Roma, según la doctrina del Prefacio, sería la que corresponde a los siglos en que se crea y engrandece progresivamente el Imperio. Desde esta perspectiva la expansión por la Italia central bajo los reyes y en los primeros siglos republicanos que se narran en la mayor parte del libro I y en los II a V, corresponderían propiamente también a esta segunda época, que así alcanzaría hasta el final de la conquista del espacio mediterráneo, a las puertas mismas de las guerras civiles.

En realidad, en Livio no hay confusión, sino que en su análisis de la historia romana se solapan parcialmente las periodizaciones resultantes de la aplicación de dos criterios distintos: uno que podría llamarse histórico-doctrinal y otro técnico-documental⁹.

Según el primero de ellos, expuesto conceptualmente en el famoso Prefacio, habría un primer momento legendario al que apenas si se puede aplicar la crítica racional o histórica, que es el de la fundación de Roma, hábilmente enlazada con la tradición de los orígenes troyanos. Después vendría un largo y continuo proceso de expansión del poder romano y de engrandecimiento de su significación y por obra de las hazañas de los héroes y de las meritorias realizaciones políticas y militares de la ciudad. Éste llegaría hasta el principio de la decadencia política y moral, que se inicia sin merma sensible del prestigio exterior del nombre romano ni del poder efectivo de su imperio, y se pone de manifiesto en la crisis constitucional que desemboca en las guerras civiles, y en el abandono por parte de las clases dirigentes de los viejos sistemas de valores, como consecuencia de la penetración de los dos vicios opuestos del afán de lujo y la avaricia.

Sin embargo, desde el punto de vista de la documentación histórica de que dispone un escritor moderno —es decir Livio— toda la época narrada en la primera pentada participa de las limitaciones de los tiempos legendarios, en los que no hay fuentes literarias seguras: o porque no las hubo nunca o porque se perdieron cuando los galos incendiaron la ciudad. Por eso Tito Livio, en la práctica, se ve obligado a aplicar a todos

⁹ Acerca de la periodización de la historia en la mente de un historiador antiguo, es conveniente tener presente la sabia cautela de Ronald Syme de que los hechos y fechas significativas no han de ser identificados con la perspectiva del crítico moderno, sino con la que podía tener en su época y con su experiencia, el escritor original. SYME, R., «Livy and Augustus», HSCP 64 (1959) pp. 27-48.

esos siglos un criterio sustancialmente homogéneo, que consiste en intentar una explicación racional o psicológica de lo maravilloso y en buscar simplemente la verosimilitud cuando en la tradición se hallan versiones contradictorias de unos mismos hechos. La delimitación conceptual de la tercera etapa de la historia de Roma —la de la decadencia política y moral— no plantea esta clase de problemas. Las posibles discusiones acerca de cuál es el momento exacto en que Livio señala su comienzo se deben, principalmente, a la pérdida de todos los libros posteriores al XLV y a las ambigüedades que se derivan del escueto carácter de las peritocas.

En cualquier hipótesis parece obligado admitir un período de transición, por que el paso de la segunda a la tercera época hubo de ser paulatino, como paulatino fue, según dice Livio en su Prefacio, el relajamiento de la disciplina social que había de conducir a la ruina de la moral antigua, que, a su vez, arrastraría consigo la del edificio político-constitucional asentado sobre ella.

Tito Livio no asistirá a todo este proceso histórico de progresivo engrandecimiento y paulatina decadencia con la frialdad de un observador que lo contemplara desde fuera. Promete en el Prefacio realizar un esfuerzo máximo para no desviarse de la verdad, pero admite que las preocupaciones personales, sobre todo al tratar de hechos contemporáneos, llenen de inquietud el ánimo del historiador.

Él había abrazado el oficio de historiador por tres razones principales de las que da cumplida cuenta. En primer lugar, por patriotismo. Entiende que es deber suyo contribuir personalmente, en la medida de sus fuerzas, a la conservación de la memoria colectiva del glorioso pasado del primer pueblo del mundo, al que se siente orgulloso de pertenecer. Al hacerlo, añade como segunda razón, se verá obligado a enfrascarse en la contemplación de ese pasado, apartando su mirada de la penosa época presente, en la que el pueblo romano se debate sin salida entre los males que lo aquejan y los insufribles remedios con que desde el poder se pretende sanarlos. Tito Livio, patriota como buen romano y pesimista como todo historiador antiguo, aspira a reconfortar su ánimo y a levantar el de sus contemporáneos con una vuelta a las fuentes. Más adelante explicará, con mal disimulada satisfacción, que al ocuparse de asuntos viejos su espíritu se reviste de los venerables sentimientos de sus mayores.

En tercer lugar, Livio ha advertido que en el panorama que la historiografía romana ofrece a sus contemporáneos hay dos huecos que él se siente en condiciones de llenar. Falta una historia completa y bien escrita —el *illustre monumentum*— desde el que lo bueno y lo malo, cada uno

en su lugar, ofrezcan sus enseñanzas al lector contemporáneo de modo atraente y persuasivo. Falta también una explicación satisfactoria de la verdadera personalidad de los hombres y de la naturaleza de los medios políticos y militares que crearon e incrementaron el imperio.

Los géneros literarios de la historiografía romana

La composición general y la redacción de la historia de Livio han de entenderse como puestas al servicio de este conjunto de motivaciones y objetivos declarados por el autor. Así como Tito Livio en su actitud y en sus expresiones es fundamentalmente un escritor serio, también en el plano profesional de la ordenación de la obra y del empleo de los recursos literarios es un autor sabio que nunca, o casi nunca, pierde el hilo de las finalidades a que orienta su tarea.

Yo diría que en el conjunto y en las diversas secciones de su historia siempre se transparenta el esquema ideológico de los fines que ha de perseguir la obra literaria en conformidad con las normas fijadas por la retórica antigua: *docere, delectare, mouere*. Al primero de ellos se encamina mediante la persecución de la verdad. Al segundo con la claridad y belleza de estilo, enriquecidas por la constante aplicación de la *uariatio*, tanto en el nivel sintáctico como en el de la ordenación de los conjuntos, en permanente lucha con el riesgo de la monotonía a que conducían la homogeneidad del asunto y el esquema analítico. El tercer fin se alcanza mediante la eficacia suasoria tanto de los buenos ejemplos y modelos como de las desviaciones morales y de los errores políticos, que son presentados siempre a los ojos del lector con el lenguaje directo de los hechos, igual en las titadas narrativas que en los discursos que el autor pone en boca de los personajes de la historia. Ni en las unas ni en los otros suele intercalar reflexiones en primera persona de autor que pretendan deducir, al margen del relato, las lecciones que de él se infieren¹⁰.

Permítaseme añadir, a manera de paréntesis, que las reflexiones personales del autor, relativamente abundantes, suelen referirse a cuestiones de verosimilitud o inverosimilitud de los hechos o de las diversas tradiciones —por ejemplo, en los primeros libros—, a problemas técnicos de conciliación de las fuentes —por ejemplo, en la cronología, en los datos

¹⁰ A veces sí lo hace. Por ejemplo, al principio del libro séptimo, después de la famosa digresión sobre la introducción en Roma de la costumbre de los espectáculos teatrales, dice Livio que ha querido incluir expresamente esas páginas *ut appareret quam ab sano initio res in hanc uix opulentis regnis tolerabilem insaniam uenerit* (7, 2, 13).

numéricos de combatientes o de bajas— y en algunos, muy expresivos, casos a sus estados de ánimo o reacciones personales ante la tarea que se encuentra realizando¹¹.

Esta reordenación de los propósitos y objetivos del historiador Livio conforme a los esquemas de la retórica antigua, no es una simplificación, ni una arbitraria y forzada adaptación de la realidad de la obra al lecho de Procasto de la teoría literaria de la época. Se corresponde con los datos positivos que ofrece esa obra. Justifica los modos de expresión con que el autor da como cierto lo que él cree así a la vista de sus fuentes, mientras envuelve en la nebulosa de las atribuciones imprecisas —*ut fertur, traditum, ferunt*, etc.— lo que no juzga merecedor de más detallado escrutinio, o somete al contraste de la verosimilitud y del criterio de la probabilidad lo que se apoya en fuentes contradictorias en cuanto a las noticias que ofrecen.

Los estudiosos de la historiografía antigua, siguiendo a las fuentes, suelen decir que un escritor de este género literario podía proponerse la composición de historias generales o episódicas. *Historiae perpetuae* suelen denominarse las primeras, tomando prestado de la retórica —o teoría de la oratoria— el nombre de la *oratio perpetua* o *lexis eiremene*. *Carptim res gestas scribere*, llama Salustio a la composición de una monografía como la suya sobre la «Conjuración de Catilina»¹².

Las primeras habían de ligar o coordinar por fuerza, dentro de un relato seguido y homogéneo, los acontecimientos políticos y militares, internos y externos, religiosos y civiles, etc., con el riesgo de no poseer más unidad que la estrictamente cronológica. Las segundas se podían concentrar en el análisis de un solo tema, quedando los demás simplemente en la función complementaria, o de «background information», necesari-

¹¹ Así en 21, 1, 1: *in medio operis mei licet mihi praefari, quod in principio summae totius professi sunt plerique rerum scriptores, bellum maxime omnium memorabile quae umquam gesta sint me scripturum*. En 31, 1, 1-8 dice que se alegra de haber terminado de contar la segunda guerra púnica, porque, aunque no deba sentirse fatigado un historiador que se ha propuesto narrar toda la historia romana, al comprobar que ha necesitado quince libros para los últimos sesenta y tres años, tantos como para los cuatrocientos ochenta y ocho precedentes, está viendo que a medida que avanza crece, en vez de reducirse la obra que tiene por delante. En otro pasaje, que abría uno de los libros perdidos, aunque no sea posible precisar cuál, y que ha sido transmitido por Plinio el Viejo, dice Livio que ya con la obra hecha ha alcanzado bastante gloria y podría abandonar la empresa, *ni animus iniquies pasceretur opere* (PLIN. *N.H.* Praef, 16).

¹² Sobre los géneros literarios de la historiografía antigua, cf. WALSH, P.G., *Livy. His historical Aims and Methods*, Cambridge, 2ª ed. 1970, pp. 20-45. Complemento de este libro es el trabajo del mismo autor, «Livy», *Greece and Rome. New Surveys in the Classics*, núm. 8 (1974), Oxford.

ría para poner de relieve el episodio o asunto monográfico objeto de la narración. Hasta cierto punto no sólo Salustio sería un historiador episódico, sino también César, y entre los romanos más antiguos Coelius Antipater, por no citar más ejemplos.

Otra distinción de géneros dentro de la historiografía era la que separaba la historia didáctica, en principio objetiva e imparcial narración de los hechos, y las modalidades helenísticas de influencia retórica o dramática, en las que el acento más que en la información —*docere*—, residía en una especie de *psychagogia* o intento de provocar reacciones emotivas que condicionaran la actitud del lector, es decir en *moerere*.

Ya en el campo concreto de la antigua historiografía romana, uno de los analistas de la tercera generación —años 13-90 a C.—, Sempronius Asellio, distingue entre los *annales* y las *res gestae*¹³. Los primeros se limitan a mostrar los hechos y su cronología; las segundas exponen también con qué propósitos y medios se realizaron los hechos. Ambos géneros serían el de una historia meramente fáctica y el de una historia explicativa. A las *res gestae* Asellio les llama también *historiae*.

Todo este panorama teórico había sido objeto de estudio y elaboración doctrinal dentro de la experiencia cultural romana por obra de Cicerón cuando aparece Tito Livio. Pero no me voy a extender ahora en examinar la teoría ciceroniana de la historia¹⁴, ni sus recomendaciones concretas sobre el modo como debe escribirse, aunque de todo ello dependa muy directamente la práctica de Tito Livio. Me limitaré a señalar esquemáticamente cuáles fueron las opciones concretas de Livio entre los elementos que le ofrecía ese panorama doctrinal.

Desde sus primeras líneas Livio da a entender que ha elegido el género de la *historia perpetua*, sin mencionar siquiera la posibilidad del episódico. Con ello se inscribe voluntaria y decididamente en la serie tradicional de los llamados analistas romanos. Incluso empleará en dos ocasiones en la parte conservada de su obra el término *annales* para referirse a ella¹⁵.

Aunque, como diré luego, la historia de Livio no son unos *annales* en

¹³ GELL. 5, 18, 8.

¹⁴ Sobre la concepción ciceroniana de la historia y Livio, cf. mi ensayo mencionado en núm. 1.

¹⁵ Livio emplea con relativa frecuencia la voz *annales* para referirse a sus fuentes (treinta y tres veces). En dos ocasiones aplica el término a su obra y ambas en el mismo pasaje (43, 13, 1-2): él no ignora, dice, que la gente ahora no cree en prodigios y que no se relatan en los *annales*, pero, al escribir sobre cosas antiguas, se le vuelve, en cierto modo, antiguo también el ánimo, y se apodera de él el escrúpulo de que debe incluir los prodigios que narrará a continuación *in meos annales*.

el sentido restringido y técnico del nombre tal como lo emplea Asellio cuando lo contrapone a las *res gestae*¹⁶, conserva, sin embargo, a lo largo de todo su extenso desarrollo algunas características del género de los *anuales* propiamente dicho. Fiel al rigor de la ordenación cronológica anual que imponía esta especie de *diarium* —Asellio— o *ephemerides* —el término griego—, Livio no omite conscientemente la mención de ningún año desde que con el principio de la república éstos tienen el nombre de los magistrados epónimos. Hasta el extremo de que en los libros II y III varias veces se enuncia un consulado —es decir, un año— sin atribuir a él ningún hecho, sólo para servir de transición, sin salto cronológico, al siguiente. Todo ello con independencia de los errores y vacilaciones, o de la diversidad de noticias acerca de la sucesión de los magistrados que se encuentran en las distintas versiones tradicionales de los fastos de época arcaica.

Consecuencia inmediata —y de mayor alcance— de la aplicación del esquema analístico es la habitual referencia a las elecciones consulares, al sorteo de las provincias y a las disposiciones de orden religioso y político que con esta ocasión se adoptan. Tanto estos pasajes como el capítulo final de muchos consulados, dedicado a la enumeración de prodigios, ceremonias religiosas dependientes e independientes de ellos, cuestiones institucionales o jurídicas e incluso hechos secundarios que no hallaron su lugar en el grueso de la narración del año, determinan la aparición en la obra de Livio de los que se han llamado «contextos anticuarios», que tienen un específico interés sintáctico y lingüístico, así como también resultan iluminadores acerca de la praxis historiográfica de Livio, según diré después.

Del esquema analístico toma también la historia de Livio un elemento básico más general: la estructura lineal. Probablemente esta cualidad era esencial en una *historia perpetua*, del mismo modo que la sintaxis de coordinación y yuxtaposición, y el estilo, por así decir, plano era esencial en la *oratio perpetua* o *lexis eiremene*, en contraposición con el juego de *Kola* y *kommata* —*membra e incisa*— de la *oratio Katestrammene* o periódica¹⁷.

En el caso de nuestro historiador esa linealidad analística es inmensa-

¹⁶ La expresión *res gestae* es muy frecuente en Livio, normalmente referida a las hazañas o la historia de un caudillo político o militar o de un pueblo. Pero en el Prefacio presenta la obra que emprende como una contribución a la *rerum gestarum memoria* del pueblo Romano, y al principio del Libro sexto dice que los documentos escritos son el único fiel guardián de la historia (*rerum gestarum*) humana. Cuando alude al conjunto de su obra histórica suele llamarla *opus*, o simplemente *res*.

¹⁷ Cic., Or. 211.

mente importante porque, como he dicho en otro lugar, Livio guiado por ella interpreta el pasado de Roma y reconstruye su imagen a partir del presente y de las realidades más modernas.

Pero la historia de Livio habría de definirse, siguiendo la antigua terminología de Asellio, como *res gestae*, no como *annales*. Esa es, por otra parte, la denominación preferida del autor. Cicerón, en *De oratore*¹⁸, había elaborado más precisamente la distinción de Asellio, diciendo que en las *historiae* hay que explicar no sólo lo que pasó o lo que se dijo, sino también cómo, y cuando se trata de un acontecimiento se han de exponer todas sus causas y los aspectos que en él concurren, bien sean fruto de la prudencia, bien de la temeridad.

Hay otro pasaje de Asellio, conservado igualmente por Aulo Gelio a continuación del anterior, en el que se añade una razón más a favor de que la historia se cultive según el género de las *res gestae* y no el de los *annales*¹⁹. Decir sólo bajo qué cónsul se empezó una guerra y bajo cuál se terminó, y quién obtuvo el triunfo por la victoria y qué ocurrió en esa guerra, sin hablar de la política interior romana y de los «*constilia*» conforme a los cuales sucedieron esas cosas, es contar cuentos a niños, dice Asellio, no escribir historia.

No se conservan más que estos y algunos pocos fragmentos más de las *res gestae* de Sempronius Asellio, por lo que no puede precisarse cómo el definidor del género combinaba en la práctica el indispensable orden cronológico, en principio anual por la naturaleza política y la vinculación a la magistratura consular del calendario romano, con la explicación de los acontecimientos que ordinariamente habían de remontarse a hechos acaecidos en otros años.

En el caso de Livio se descubre una verdadera maestría, casi más literaria que histórica, en el manejo combinado de diversas técnicas que le permiten remontarse a causas o precedentes situados en años anteriores, o extenderse a consecuencias o derivaciones que sobrevinieron después del año consular a que sustancialmente se ciñe el relato.

Unas veces es la súbita aparición de un personaje, como Haníbal, el caudillo cartaginés en plena actuación ya desde el principio del libro XXI. La breve biografía que acompaña a su nombre, liga el nuevo general con la generación anterior, la de su padre Amílcar, y mediante la sucinta descripción del estado del contencioso romano-cartaginés, se enlazan el fin de la primera guerra púnica y el estallido de la segunda. La

¹⁸ En *De oratore*, Cicerón menciona varias veces la expresión *res gestae* para significar el contenido de la obra histórica, pero al género literario le da el nombre de *historia*.

¹⁹ GELL. 5, 18, 9.

narración, casi a renglón seguido, de las sesiones del «senado» cartaginés en que se enfrentan los partidarios de la paz con los de la guerra, permite al escritor, mediante el discurso del pacifista Hannón, apuntar incluso hasta las funestas consecuencias que para los púnicos habría de tener el resultado final de la guerra que empezaba y que no ocurriría hasta veinte años y diez libros después. Los ejemplos podrían multiplicarse, repasando casi al azar las páginas de Livio.

Es muy frecuente que esa función explicativa de antecedentes y consecuencias, que necesariamente se remontan o extienden a otros períodos temporales, y que el autor hace respetando formalmente el esquema temporal analítico, se realice por medio de los discursos: discursos de generales antes de emprender una batalla, en los que se exponen las motivaciones y orígenes de toda la guerra; discursos en el senado y asambleas, en los que se examina todo un largo proceso político; discursos de embajadores, etc. Otras veces son la aparición de un pueblo nuevo en el curso de la historia que se está relatando, o la de un lugar geográfico especialmente significativo, las que dan ocasión a digresiones que cubren el mismo papel. Otras, en fin, son los paralelismos históricos, inducidos por la evocación de momentos o figuras pretéritas, los que permiten una explicación general más amplia con proyecciones de pasado o de futuro: Filipo de Macedonia y Perseo atraen inmediatamente el recuerdo de Pirro²⁰, de modo que la guerra macedónica, contada en la cuarta década, se inscribe en el marco histórico más amplio de la política oriental de Roma, etc.

Pero al mismo tiempo, y sobre la base de estas remisiones con frecuencia recíprocas, se forma una verdadera red de referencias, que sirve a la articulación del relato. Por ejemplo, las elecciones de los cónsules suelen aparecer al final del año, ordinariamente precediendo al pasaje analítico-anticuario en que se narran los prodigios y ceremonias religiosas que no encontraron su lugar antes. La inauguración de los nuevos magistrados abre normalmente el año a que ellos mismos dan nombre, y ambas noticias suelen expresarse de modo que se relacionan, incluso formalmente, la una con la otra, sirviendo de apoyo a la continuidad de la narración. En otro lugar he examinado el rendimiento que tiene el empleo de estos recursos y otros semejantes al servicio de la continuidad y articulación internas de la obra en el tránsito de libro a libro y de una péntada a otra²¹.

²⁰ Liv. 31. 2, 6; 31. 7 (en el discurso del cónsul). Cf. también 42. 3, 6 y 45. 38, 11, donde el principio y final de la última guerra macedónica evocan, asociados, los nombres de Pirro y Haníbal.

²¹ FONTÁN, A., «Continuidad y articulación del relato en la Historia de Tito Livio», *Cuadernos de Filología Clásica*. 10 (1976), pp. 249-270.

De todo ello resulta que la técnica historiográfica de las *res gestae* se combina en Livio con la rigurosa ordenación cronológica del esquema analístico, produciendo, por así decir, un principio de relieve histórico dentro del relato plano de la estructura lineal de los *annales*. Una inteligente y ágil aplicación de las más diversas formas de *uariatio*, sintácticas, estilísticas y de composición, evita la monotonía que en otro caso podría generar la frecuente repetición de las mismas técnicas expositivas.

Del mismo modo que mantiene el rigor del esquema analístico a lo largo de toda su obra, engarzando artísticamente en la continuidad homogénea del relato los elementos conducentes a dotarlo de la movilidad histórica característica de las *res gestae*, Tito Livio conserva a lo largo de su *historia perpetua* el tono general didáctico, de apariencia objetiva e imparcial, e introduce hábilmente, a lo largo de su curso, las técnicas helénicas de la historia retórica o dramática, de carácter episódico.

El estudioso británico P.G. Walsh ha dedicado uno de los más extensos capítulos de su excelente libro²² al tratamiento de pura técnica dramática que hace Livio de episodios tan frecuentes y significativos, como los asedios de ciudades, las narraciones de batallas, las descripciones de consejos y asambleas, los diálogos entre políticos y generales y los sucesos de interés humano centrados en torno a las aventuras de un héroe, para concluir así:

«El examen sucesivo de estos varios tipos de narraciones —sitios, relatos de batallas, escenas de asambleas, diálogos, situaciones de interés humano— confirman la gran medida en que las consideraciones literarias impregnan la concepción que tiene Tito Livio de la historia. En asedios y batallas resaltan su preocupación por los efectos dramáticos y el relieve que otorga a los factores psicológicos. En su referencia de las conversaciones, Livio las "edita" de modo que resulte una versión incisiva que fije la atención de los lectores. Sus descripciones de hazañas individuales de heroísmo y sufrimiento están bañadas de un colorido patético. En todas estas escenas se ve que es considerable la deuda de Livio con las técnicas de la historia "trágica" y con los escritores que la habían practicado.

Estos episodios «trágicos» o «retóricos» otorgan una nueva dimensión de profundidad, relieve y movimiento al cuadro general de la narrativa de Livio. Si imagináramos ésta a la manera de un friso continuo, como la procesión de las Panateneas del Partenón, o dispuesto en forma de espiral, como la columna Trajana de Roma, la estructura analística sería algo así como el fondo continuo e ininterrumpido del bajo relieve último, so-

²² WALSH, P.G., op. cit. (cf. n. 12), pp. 217 s.

bre el que destacarían, en alto relieve, los elementos característicos de las *res gestae*, que de vez en cuando dejarían paso a una escena de figuras de bulto, agrupadas en la concreta descripción de un episodio de los que suelen llamarse trágicos o retóricos.

Aplicaciones de la disciplina retórica

Volviendo por un momento a la *historia perpetua*, concebida en cierto modo a semejanza de la *oratio perpetua* o *lexis eiremene*, podría decirse que la aplicación de las técnicas descritas, y que sirven al autor para transformar sus *annales* en *res gestae*, unida a la frecuente y ordenada aparición, con especial relieve y rigurosa organización interna, de los «episodios dramáticos», cumplen en la narración general de Livio la función ordenadora y variante de los *kola* y *kommata* —*incisa* y *membra*— del discurso ordinario. Así, sin mengua de la homogeneidad del conjunto se rompe la monotonía de la *lexis eiremene*, estructurándola al modo de la *katestrammene* o discurso periódico.

Para la composición interna individual de los contextos representativos de cada uno de estos géneros historiográficos, la retórica antigua ofrece un verdadero arsenal sistematizado de recursos.

No me refiero sólo a la variedad de las figuras de pensamiento o de lenguaje que los tratados de retórica estudian en los capítulos dedicados a la *elocutio*, o estilo, sino, muy principalmente, a los principios y doctrinas que rigen la *inuentio*. Hay distintos modos de tratar un asunto según sea general —*quaestio infinita*— o particular —*quaestio finita*—, circunscrito en personas y lugares; es diverso el planteamiento de un tema de los llamados políticos y prácticos, que se refieren a hacer o no hacer, y el de los teóricos, que se centran en determinar si algo es o cómo es, propios de la filosofía. Entre los primeros, que siempre implican algún tipo de controversia, unos son legales, por ejemplo, la interpretación de una ley o documento y su aplicación al caso; otros reciben el nombre de racionales o lógicos, porque son sus conclusiones lógicas las que guardan relación con el problema jurídico, por ejemplo si tal cosa ocurrió o no, quien la hizo, qué nombre debe dársele, si es buena o mala, etc.

Hasta aquí he mencionado sólo los prolegómenos de la doctrina de la *inuentio* en el más común de los géneros que estudia la retórica, el de los discursos —y situaciones— judiciales, pero hay también otro género de discursos, el deliberativo, propio de las asambleas, y una compleja y cir-

cunstandadísima doctrina sobre el modo de ordenar los argumentos encaminados a persuadir o disuadir de algo al público oyente. El orador debe examinar los factores de utilidad y honestidad del curso de acción que propone o rechaza, examinando a su luz los aspectos legales o racionales —cf. supra— del problema de que se está tratando. Un tercer género, en fin, es el epidíctico o *demonstrativum*, de especial aplicación prosopográfica y necrológica, a los héroes y antihéroes de la historia.

Toda esta tecnología retórica, que aquí simplemente me he limitado a apuntar, es de un gran rendimiento en la obra de Tito Livio. No sólo se aplica a los discursos, de estilo directo e indirecto, a las deliberaciones colegiales, a los diálogos y discusiones, a los retratos de personajes, etopeyas y elogios fúnebres, sino a las narraciones y a los episodios dramáticos. Incluso se transparenta de algún modo, en ocasiones, en la ordenación interna de los contextos analísticos o anticuarios: por ejemplo, en la manera como se introducen fórmulas legales arcaicas o tradicionales, aplicando a su interpretación las normas que la retórica enseñaba para el análisis de leyes y documentos.

Hasta aquí he intentado contemplar el conjunto de la historia de Tito Livio, primero desde el punto de vista de las finalidades y propósitos del autor, y después desde el cuadro general de las doctrinas literarias y las técnicas aplicables a la realización artística de una obra de esta naturaleza en la experiencia cultural en que se desarrolla la vida del autor.

Una interpretación de la historia de Roma

Ahora, finalmente, quería terminar preguntándome y ensayando una respuesta acerca de la interpretación de la historia de Roma que ofrece la obra de Tito Livio.

Los rasgos más salientes de la historia de Roma que se desprenden de la versión titoliviana son la continuidad y la vocación de permanencia. Roma experimenta —y Tito Livio lo sabe— procesos revolucionarios, como el de la expulsión de los reyes, la lucha de las clases sociales, la destrucción por obra de los galos, la italianización de la urbe, consecuencia de la romanización de la península, con el consiguiente resultado de la inadecuación de los mecanismos políticos de la ciudad para el gobierno y la administración de un vasto territorio, la helenización cultural, la invasión púnica de Italia, etc. Pero siempre entre los momentos inmediatamente anterior y posterior a una de esas mutaciones históricas hay un personaje, una institución, o una serie encadenada de sucesos que asegu-

ran la continuidad homogénea de la historia romana, con sobresaltos siempre, pero siempre también sin interrupciones absolutas, ni retornos a una especie de punto ceto originario.

Este singular proceso, que contrasta con los del nacimiento y la desaparición de las otras potencias de la península itálica y del contorno mediterráneo, responde a un destino singular del pueblo romano, que Livio confirma repetidamente y de cuya constatación cobra confianza y orgullo. Incluso los males presentes —los de la época en que el autor escribe— podrán ser superados si se asimilan las lecciones del pasado. Y, entre otras cosas, para que eso sea *hacereto* escribe él la historia.

Otro rasgo peculiar de la historia de Roma es la ejemplaridad. Nunca hubo, dice Livio en el Prefacio, una ciudad tan rica en buenos ejemplos. Para un pueblo que por su estructura histórico-social y por su mentalidad dependía tanto de los precedentes, la historia nacional ha de ser un factor político operativo de singular eficacia. En sus páginas se acumulan los héroes que hicieron la ciudad y sus hazañas, de modo semejante a como en el atrio de una casa patricia se guardan las *imágenes maiorum*, como una invitación y como un estímulo.

Es, además, en fin, una historia abierta. La incorporación de nuevos pueblos, gentes y ciudades, así como la de la cultura griega, han constituido la gran mole del imperio, que, por sí sola, hace sufrir al cuerpo ciudadano la pesadumbre de su propia inmensidad. Pero esa mole se ha ido formando al paso de una serie interminable de integraciones sucesivas. Las viejas tradiciones penetran todo el cuerpo social, casi con la misma intensidad con que lo bañaban cuando la vieja Roma, limitada por su *pomerium* y su *ager*, estaba circunscrita al espacio geográfico de las siete colinas de la orilla izquierda del Tíber.

Pero estos mismos conceptos fundamentales sobre lo que son Roma y su historia marcan y condicionan todo el relato de Livio. Contribuye también grandemente a ello la estructuración analítica de su andadura cronológica.

Entre la Roma antigua y la moderna —la de los tiempos de Livio— hay una distancia de siglos y una diferencia de tamaño, pero no hay ningún cambio sustancial. Los personajes y héroes de los tiempos iniciales visten, andan y hablan igual que los contemporáneos. Las tribus se incrementan en número, igual que el *pomerium* se extiende; pero conservan de algún modo la misma funcionalidad social. Los ejércitos se hacen más numerosos, sus marchas más largas, el despliegue de sus unidades en el campo de batalla ocupa mayor espacio; pero ni la estrategia, ni casi la táctica, experimentan ningún cambio revolucionario. La legión roma-

na de época histórica republicana iba a demostrar su superioridad técnica sobre la falange macedónica, por la mayor agilidad de su estructura, su facilidad de movimientos y el más amplio juego de la combinación de sus acciones con las de las alas de caballería; pero, para Tito Livio, Rómulo con un puñado de hombres guerreaba ya de modo análogo a como lo harían después Paulo Emilio, Escipión y Flaminio. Los templos son más suntuosos y más ricos, los dioses más numerosos, por la increíble capacidad de asimilación del panteón romano para los cultos y divinidades de importación y por la facilidad con que una misma divinidad se multiplica, mediante la adición de apelativos que permiten distinguir el culto y las funciones protectoras específicas de *Jupiter Stator* y de *Jupiter Fere-trius*; pero la religiosidad es la misma, la continuidad del derecho pontifical y de sus titulares impecable, igual que la de los augures, los harúspices y sus equipos auxiliares.

Estas consideraciones podrían extenderse casi indefinidamente. Los corolarios que de ellas se desprenden son de dos órdenes diversos. Uno, respecto de la imagen histórica de Roma que ofrecen el texto y los conceptos de Tito Livio. Otro, no tan frecuentemente puesto de relieve como se merece, el carácter «arqueológico» que resulta inseparable del modo de hacer historia de Tito Livio.

Así como la transformación de los *annales* en *res gestae* y la introducción de los episodios dramáticos dan una gran movilidad y determinan, por así decir, la presencia del relieve en la obra de Livio cuando se la considera desde un punto de vista literario, no ocurre lo mismo al contemplarla desde una perspectiva histórica. El movimiento literario que unas técnicas y otras aportan a las páginas de Livio, y que las hacen variadas, interesantes y legibles, rompiendo la monotonía a que su propia naturaleza reiterativa podía condenarlas, no se corresponde con nada semejante en el orden propiamente histórico. Es, diríamos, una historia plana, concebida y expuesta sin la visión en profundidad propia del sentido histórico, tal como se halla presente en la mentalidad moderna desde mediados del siglo XIX.

El aspecto que he llamado «arqueológico» es capital en la obra de Livio y en su método de trabajo de investigador. Me atrevería a decir que es uno de sus más permanentes propósitos a lo largo de toda la realización de la obra.

Es frecuente en los trabajos de crítica histórica y literaria sobre Tito Livio subrayar con qué frecuencia relativamente grande y con qué explícita complacencia se recrea el autor en la explicación de los más remotos orígenes de una institución, de una costumbre, de un culto, de un aspecto

de la organización social, de una táctica militar, de unas insignias oficiales, de unos juegos, de leyes, de técnicas jurídicas, etc. Casi siempre, por lo menos en los numerosos casos en que se trata de realidades todavía subsistentes en tiempos del autor, Tito Livio disfruta engolfándose en examinar la *inuentio* de aquel asunto, y cuando la tradición le da facilidades para ello pugna por individualizar, presentar y glosar la persona del *euretes* y su significación²³.

A mi modo de ver esto forma parte de los rasgos didácticos de la historia de Tito Livio. Corresponde, además, a la afición despertada desde las dos generaciones anteriores —desde los juristas de época ciceroniana y desde el gran Varrón— por los estudios anticuarios.

Toda esta arqueología social es, al fin y al cabo, una de las dos grandes dimensiones según las cuales la historia de Livio es presentada a sus contemporáneos con una pretensión suasoria. La otra es la ejemplaridad moral y política a la que me he referido ya tantas veces. El Livio arqueólogo social quiere enseñar a sus coetáneos a ser auténticos romanos. El Livio moralista añade a ello el estímulo para que sean además buenos romanos. Y el gran escritor que hay en él combina brillantemente ambas empresas en un *illustre monumentum*. Así cumple Tito Livio con las tres tareas —*docere, mouere, delectare*— que la doctrina retórica vigente asignaba a la literatura.

²³ Ejemplo de una de estas «arqueologías» de Livio es la de los orígenes del espectáculo dramático en Roma en el capítulo segundo del libro séptimo.